

UN LIBERAL PARADO POR AGUA.

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)

Por un mes... 4 reales.
Por tres id... 12 »
Por un año... 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto, 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

DIRECTOR: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon... 15 reales.
Por seis id... 28 »
Por un año... 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses... 30 »
ULTRAMAR.—Un año... 6 pesos.

Se publica dos veces a la semana,—jueves y domingo.

Administracion y Redaccion, Huertas, 82, pral. izq.º

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

DIBUJANTES: ORTEGO Y PEREA.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

El próximo número de GIL BLAS será extraordinario.

Una magnífica lámina tirada en litografía y llenando las dos planas del centro, recordará a los españoles las glorias del

DOS DE MAYO EN MADRID Y EN EL CALLAO,

con los retratos de los principales héroes.

Los suscritores de provincias que no hayan renovado, lo harán inmediatamente, si no quieren perder este glorioso recuerdo que GIL BLAS consagra a los HÉROES DE LA PATRIA, y que hoy más que nunca hay que tener presente.

CUANDO VENGA EL REY.

¡Gran cosa es la fé, caballeros!

No hablo ya de esa fé, cuya profesion le produce al Patriarca de las Indias la cantidad de siete mil quinientos duros al año; porque eso ya es lo sublime de la produccion nacional; hablo de la fé vulgar y referente solo a las cosas terrenales, y que ya que no dé dinero hace confiar en él.

Yo no me canso de admirar a los contribuyentes que con la futura monarquía no han de ser ricos, ni duques, ni sábios, y sin embargo, la esperan como premio a los afanes que padecen durante este breve período de república transitoria con que se creen castigados.

—Cuando haya rey, dice el labrador, crea Vd. que andarán mejor las cosas; porque lo que es ahora... Mire Vd. que si no llueve pronto, se lleva el diablo la cosecha.

—¿Pero Vd. se figura que un rey es un canal de riego que ha de humedecer sus Estados cuando no llueva?

—No señor, pero...

—¿Pero qué?

—Pero como ahora no hay tranquilidad, si pierdo la cosecha, ni siquiera hallaré quien me preste para semilla. A lo ménos habiendo rey volverá a nacer el orden.

—Pero hombre, si cuando se turbó el orden precisamente fué porque teníamos monarquía y no podíamos aguantarla.

—Cierto; pero ¿qué quiere Vd. que le diga?..

—Dime ¡viva la república!

—¡Bah! qué bromas tiene Vd.

Indudablemente el labriego cree que el rey que venga nos va a dar dinero ó confianza.

Ya quisiera para sí lo uno y lo otro ese caballero incógnito, de quien solo se sabe que tiene el domicilio en el pecho de la mayoría.

Voy a ver a un hombre de oficio.

—Oiga Vd.; Vd. que es del GIL BLAS, no escriba por amor de Dios contra el rey que ha de venir. Mire usted que apenas tengo nada que hacer y los materiales se ponen cada vez más caros.

—De manera que Vd. se figura que el rey va a poner almacén de suela a precios equitativos.

—No señor, pero renacerá la confianza.

—¿Cuál? ¿La que habia muerto en tiempo de Isabel II?

—Quiero decir que como el país estará sólidamente constituido...

—Pues bien lo estaba en setiembre, y Vd. mismo conspiró dos años para derribarlo.

—Sí, pero cuando venga el otro rey... se me figura... En fin, ¿qué quiere Vd. que le diga?

—Dígame Vd.: ¡viva la república!

—Hombre, no. Eso es tan nuevo en España...

—Pues quédese Vd. con el hambre, el déficit y la monarquía, que ya no son nuevos.

Está visto: la gente espera del rey la felicidad: no extraño ya que se la hagan pagar cara.

Oigamos a los demás.

UN ABOGADO.—Si eso dura, vamos mal. Afortunadamente cuando venga el rey habrá paz y tranquilidad, y por consiguiente habrá pleitos.

UN MÉDICO.—Dos días hace que no visito ni siquiera por causa del resfriado más elemental. No va bien el negocio, no va bien. Afortunadamente pronto vendrá el rey y nos traerá la felicidad: es decir; el cólera ó siquiera la buena pulmonía, la procelosa fiebre... No sé cómo dejan el trono tan largo tiempo vacante.

UN SARGENTO.—Fastidiosa es la época constituyente. ¡Vivir así fastidiado en el limbo de la clase de tropa...! Paciencia, ¡cuando venga el rey ha de dar a lo ménos un grado general y trocaremos el estambre por oro!

UN MENDIGO.—¡A qué tiempos hemos llegado! Nadie dá por Dios. Afortunadamente todos dicen que va a venir el rey... Haré una prueba: pediré una limosnita por amor del rey.

No sé si es este el modo de discurrir de los españoles; pero si el rey no ha de labrar los campos, si ha de tomar su paga cada mes en vez de dárnosla; si no ha de armar pleitos ni enfermedades, yo no sé que esperan del rey.

A los levantados por una revolucion, como Luis Felipe, los echan los pueblos a palos; a los que reinan impuestos como Maximiliano, los echan a tiros; a los que tienen en su pro el derecho divino y la fuerza de nuevos intereses, como Isabel II, los echan de un soplo; ¡y todavia hay quien pide rey!

Afortunadamente, digo yo a mi vez, los príncipes saben ya el pago que les dan sus entusiastas, y en esta confianza, cuando pienso en el futuro rey, me digo a mí mismo muy bajito:—«¡Cuando venga...! Se volverá.»

ROBERTO ROBERT.

LA CÔRTE DEL NIÑO TERSO.

¡Ah! (como diria Aparici).

¡Qué tiene que ver la cõrte de Luis XIV, ni la de Felipe V, ni la de Isabel de Inglaterra!

¿Qué tienen que ver todas esas cõrtes comparadas con la novísima de Carlos el reluciente?

En aquella habia fausto, esplendor, aventuras, cosas extraordinarias... pero esta...

Esta tiene el encanto de la novedad.

¿Habeis oido hablar de las Mil y una noches?

¿Qué sucede en todos los cuentos de este originalísimo libro?

Sucede siempre lo extraordinario. La magia lo hace todo, y para vencer un obstáculo siempre hay un talisman a mano.

Pues más notable es lo que sucede en la cõrte del jóven neó-frito.

¿Recordais los dramas de Bouchardy?

Tambien en ellos hay cosas grandes por lo exageradas; tambien en ellos se ven palacios por dentro y reyes por fuera, y cosas a este tenor.

Pero no hay comparacion posible entre eso y lo que pasa en la cõrte del niño de D. Juan, el D. Juan que no llegó a ser el tercero.

Figuráos un salon, no muy grande.

Figuráos que el salon está bien amueblado y bien iluminado, y bien concurrido.

Figuráos dentro de este salon una docena de personas.

Ya sabeis quiénes son.

En primer término, el jóven Carlos y la jóven Margarita, a ambos lados, y delante y detras varios personajes, conocidos todos en España.

Carlos habla con uno de ellos.

—General, le dice, ya os he explicado mi plan, decidme ahora vuestra opinion.

—Vuestra Majestad sabe más que yo en ese punto, dice el sugeto a quien Carlitos se dirigia; no obstante, como vuestra majestad me pide mi opinion, voy a decirla.

—Habla, general. (Los reyes, aunque sean de mogiganga, deben hablar de tú a los demás.)

—Vuestra majestad piensa entrar en España por un camino.

—Sí.

—Mi plan es más simétrico. Yo entraria por tres caminos.

—¿Cómo?

—Las tropas de la libertad me han de salir a atacar por tres caminos a la vez: ¿no es esto?

—Sí.

—Pues yo debo atacarlas...

—¿Por los tres caminos a la vez?

—Precisamente, por los tres caminos.

—General, cualquiera diria que estamos representando la Gran duquesa.

—Vuestra Majestad es muy gracioso, pero persevero en mi plan de los tres caminos.

—Muy bien. ¿Y cuánto dinero necesitas para eso?

—Tres millones, señor.

—Es decir, ¿a millon por camino?

—Precisamente.

—Bueno. Mi intendente te los proporcionará.

Y dirigiéndose a otro personaje que hay en el salon, dice Carlos:

—Ya lo has oido.

—Está bien, señor, dice el intendente; se le proporcionarán los tres millones.

—Como quiera que esta campaña no es más que el preliminar de la campaña grande, mi ministro de Estado te dirá qué género de apoyo puedes pedir a las potencias extranjeras.

El ministro, que también está presente, se adelanta y dice:

—¡Ah, señores! Cuando una causa es justa, ¡ah! ¡Cuán cierto es que encuentra apoyo! Yo estoy seguro de que la Prusia y la Rusia y la América misma nos ayudarán en tan santa empresa; y en cuanto al venerable anciano que ocupa la silla de San Pedro... ¡ah, qué silla, señores! también nos ayudará. Podeis contar con el apoyo del mundo entero, yo os lo fio.

—Mi cronista muy amado, dice el rey, se cuidará de enterarme de cuantas peripecias ocurran en esta campaña primera.

—Descuidad, señor, dice el cronista con una voz que parece un flautín. ¡Yo os lo contaré todo, todo!

Dichas estas palabras, el rey se levanta, ofrece el brazo a la reina, da a besar la mano a sus servidores, coge el rosario y se va a acostar.

Los servidores se quedan mirándose unos a otros.

—¿Qué dice Vd., hombre? pregunta el general al intendente.

—¿Qué quiere Vd. que diga? responde éste; que tendrá Vd. la bondad de esperar un poquito para eso de los tres millones, porque los he mandado hacer a la fábrica, y no estarán hasta dentro de un rato.

—¿Y qué dicen las naciones extranjeras? pregunta el general al ministro de Estado.

—Hombre, no dicen nada. Sin duda el servicio de correos anda un poco descuidado, porque yo escribo, escribo, escribo sin cesar a todos los gobiernos, y no me contestan... pero me contestarán, me contestarán, estoy seguro de ello.

—Yo, dice entonces el cronista, estoy dispuesto a escribir todo lo que ocurra. Por de pronto, he mandado a un editor madrileño el prospecto de mi *Crónica tersa*, libro del que tengo pedidos millones de ejemplares.

—Entretanto que esto se arregla, dice el general, ¿saben Vds. quien preste cinco duros?

Los servidores del rey contestan todos a la vez:

—Buenas noches.

Convénzase Vd., lector, de que esta corte es mucho más notable que todas las cortes famosas.

Tiene, como he dicho antes, el encanto de la novedad.

Sí, es una verdadera fantasía... porque el general... se llama Tristany, el intendente... se llama Morales, el ministro... se llama Aparisi y el cronista... se llama Carulla.

¡Y hasta ellos mismos se creen que hay tal rey y tales empleos y tal campaña y tales pesetas!

Es una comedia de aficionados, hecha con toda la buena fé con que se hacen esas cosas.

DE TELON ADENTRO.

(Artículo triste).

¡¡¡Oh!!! quién me diera en estos momentos la elocuencia llorona del elegiaco Aparisi, ó cuando ménos el tono plañidero de Vinader: quién me diera poseer, para casos como el presente, la dialéctica invulnerable de Estrada el magnánimo, ó la verbosidad supina del canónigo Manterola.

Yo os diría entonces en galana prosa ó en versos pulidos todo lo que mi corazón siente, carísimos lectores: que el no saberlo expresar, no significa que no sienta yo tanto como el primero.

¡Oh! no, muy al contrario, muy al contrario por desgracia.

¡Ah, qué desgracia!

¿Pensais por ventura, lectores de mi alma, que siguiendo con atención el curso de las discusiones luminosas que en el Congreso se verifican, estais enterados de lo que ocurre?

Pues bien, yo os lo digo: creedme: estais en un error lamentable.

¡Oh! sí, muy lamentable.

La fuerza de la costumbre es muy difícil de vencer: nuestros revolucionarios no han sabido vencerla, antes bien se han dejado avasallar por ella, y a estas horas continúan como en tiempos de funesta recordación, buscando soluciones en cabildeos parciales, en conciliábulos secretos.

Para el vulgo, para las muchedumbres el gran

espectáculo de las sesiones de la Asamblea; de telon adentro las misteriosas sesiones del Senado.

Eso que vemos todos, eso que los periódicos publican, eso que en el café se comenta, todo eso es lo incidental, aunque otra cosa parezca; lo esencial para nuestros hombres políticos es lo que se acuerda en las reuniones a puerta cerrada que frecuentemente celebra esa disciplinada mayoría.

Cierto es que casi nunca se acuerda nada, y esto es lo que el caso tiene de original.

¡Oh qué originalidad!

Sí, allí, de telon adentro; terminadas que son las discusiones de la Asamblea, esas discusiones que por lo general se deslizan desanimadas é incoloras, entre réplicas, y contra réplicas y votaciones nominales, suelen reunirse unos cuantos hombres que con el mayor sigilo disponen a su antojo del porvenir de España: allí también se pronuncian discursos, allí hay también acaloradas discusiones en que muchas veces cada cual opina de modo distinto, y estos hombres que tan armoniosamente discurren, tratan de organizar el país conforme cuadra a su capricho.

Después se separan, y allá en lo íntimo de su corazón, escondido en sitio que nadie puede sorprender, llevan uno y otro sus ambiciones ocultas, sus secretas tendencias, sus insensatos deseos.

¡Oh! Yo estoy seguro de que si se realizase un imposible, si España, esa matrona que en las nuevas monedas hemos pintado Perezosamente acostada, adquiriese vida por un momento, se presentase en el histórico salón, y oyese decir al general Serrano: «Señores, no hay medio; ó Montpensier ó república,» no podría ménos de exclamar indignada:

«¿Pues qué, hay alguno, hay uno solo entre mis hijos que pueda vacilar en la elección? No puede haberlo, no lo hay. Monárquicos, no desoigais los consejos de la prudencia y del patriotismo; quereis monarquía, observad, sin embargo, que no teneis monarca. Republicanos, pensad en mañana, pensad en vuestros hijos cuya futura dicha teneis ahora en vuestras manos; no os forjéis ilusiones, que las ilusiones son tanto más peligrosas cuanto son más gratas; si alguno os asegura que podeis vencer ahora, ese alguno os engaña. Para mí todos sois iguales: hoy solo existen amigos de la revolución ó enemigos suyos: liberales ó reaccionarios.

Monárquicos, la realización de vuestros deseos sería la guerra civil.

Republicanos, vuestra victoria sería efímera y abriría las puertas a la reacción.

Separados nada podeis unos ni otros: unidos lo podeis todo. Uníos pues.

Estableced un gobierno de transición: llamadlo como os parezca. No lo llameis monárquico, no lo denomineis republicano.

Este es el medio.»

Por desgracia, la matrona de las monedas continuará sentada y no dirá esta boca es mía.

Las reuniones del Senado continuarán tan animadas como siempre.

Y si un infeliz mortal lleva su atrevimiento al extremo inverosímil de decir estas cosas, fácil es que desagrade a todos.

Estos le llamarían anarquista porque osaba creer que podemos pasar perfectamente sin monarca.

Los otros le nombrarían apóstata porque no pedía que cayeran quinientas cabezas.

Los más le creerían estúpido.

Los ménos le compadecerían por loco.

Este sería su triunfo.

Y sin embargo...

Sin embargo es indispensable salir pronto de su estado insostenible.

Y sin embargo para salir nos bastan todas las reuniones que puedan celebrarse en muchas semanas.

Y sin embargo la imposición de un rey empeora las cosas.

¿Y qué pensais vosotros, caros lectores, de todo esto? ¿Comprendeis ahora para qué necesitaba yo los recursos de que carezco? ¿Echais de ver como después de haber leído de cabo a rabo el extracto de las sesiones que publica *El Diario oficial* no sabeis de la misa la media?

El drama revolucionario se desenvuelve con lentitud.

Pero no lo dudeis, lo más grave, lo más terrible del drama, está pasando de telon adentro.

¡Oh que telon! ¡Oh que drama!

A. SANCHEZ PEREZ.

UN LIBERAL PASADO POR AGUA.

(Hé aquí el romance con que termina el libro de nuestro compañero:)

Están las primeras páginas de este libro trasnochado, escritas al dulce arrullo de las olas del Atlántico, sobre la popa de un buque cuyo nombre no hace al caso, con el dolor consiguiente y por consiguiente amargo, de quien deja atrás la dicha y tiene delante el caos. Se escribieron las del centro a la sombra que prestaron los bosques de Puerto-Rico al infeliz desterrado, entre el horrisono estruendo y el desolador espanto de huracanes, terremotos, y toda clase de estragos. Escribiendo estoy las últimas a las orillas del Arno, aquí donde alzó Petrarca la sien ceñida de lauros; donde labró Miguel Angel dioses, templos y palacios; y donde Dante, el divino, con ingenio soberano trazó el colosal poema, gloria de propios y estraños, para martirio de Cheste, y algun otro literato, tan ricos de orgullo necio, como de magín exhaustos. En el tiempo que de aquellas a estas hojas ha mediado, que son, si cuento por meses, veintitres ó venticuatro, han pasado cosas grandes, y ocurrido grandes cambios, y está lo de abajo arriba y está lo de arriba abajo. Aquella augusta señora por cuyo amor crucé el charco, habita en el extranjero donde hizo habitar a tantos. Favor mendigan ahora los poderosos de antaño, y las palabras que há poco y así a la chita callando filtráramos en el pueblo dos docenas de insensatos, impresas en las esquinas y aclamadas por los lábios, a la luz del sol se ostentan y obtienen público aplauso. Jamás, ni siquiera en sueños, hubiera yo imaginado que este epilogo sería el final de mi trabajo.

Si yo fuera rencoroso como soy alegre y franco, pudiera aquí desahogarme echando a volar al paso versos que pocos conocen y valen más que otros varios de que autor se me há supuesto por malicia ó entusiasmo, y de los cuales sin pena la paternidad rechazo, hoy que puede todo el mundo hablar y escribir muy claro. Pero es cuando todos hablan cuando yo silencio guardo, y además, nadie lo ignora pues lo tengo bien probado, para luchar con los débiles soy hombre de pocos ánimos.

Versos hay en este libro que por privilegio raro, ó mal leídos sin duda, ó mal escritos acaso, de los vates borriquenos han venido a ser el blanco, dando ocasion a romances y sátiras a destajo, que más que obra de *sinsontes* parecen obra de gansos. Ni yo insulté a Puerto-Rico ni en él sufrí malos tratos, ni sus bellezas le niego, así en negro como en blanco, pero al juzgar a mi modo lo que allí encontré de extraño, si he sido justo ó injusto lo saben mis adversarios. En cambio de esos poetas tan groseros como vanos, que en odio a los españoles sueñan con el tapa-rabo, a Puerto-Rico me ligan muchos cariñosos lazos, y saben cuantos me quieren si soy ó no soy ingrato. Rosich, Alomar, Taboada, Cerdá, Nene Cruz, Camacho, Gomez, Cortada, Lorente, don Angel el Veterano, Barnés, Blajot, Pepe Rubio, Aguilar... ¡amigos caros! están en mí vuestros nombres más fijos que sobre el mármol. A vosotros va este libro, recordo fiel que consagro a desventuras antiguas y a modernos desengaños.



—¿Para qué sacan en procesion ese santo? ¿Para que llueva?
 —¡Sí, señor, para que lluevan..... balas!

Otra vez ausente y solo familia y hogar demandando, mas no ya con el acento del que llora sus agravios, con el amor del que espera la dicha que anhela tanto. De los sueños juveniles terminó para mí el plazo; patria, deberes, virtudes, santa verdad que idolatro, cubridme con vuestras alas y aceptad mi vida en pago!

Florenca, 1869.

M. DEL PALACIO.

UN DIÁLOGO EN UN BOLSILLO.

Acabé de tomar el café y fui á pagar... Al meter la mano en el bolsillo del chaleco, senti que me mordian el dedo.
 —¡Cáscaras! grité, ¿quién anda ahí?
 Y saqué el dedo al aire.
 Detrás de mi dedo salieron dos monedas dando saltos; cayeron sobre la mesa, y entonces comprendí lo que era aquello.
 Era que por la tarde me habian pagado una cuenta en moneda nueva, de la que ha acuñado el gobierno de la revolucion.
 Y al entrar una peseta nueva en el bolsillo, se habia trabado de palabras con una peseta isabelina.
 Naturalmente.
 La isabelina, al ver entrar aquella moneda brillante, nuevecita, llena de vida, se incomodó.
 La moneda revolucionaria se reia de ella.
 —¡Qué diálogo tan curioso! pensé.
 Y entretanto oí que decia la peseta vieja:
 —¿Qué se ha creído Vd., incauta? ¿Cree Vd. que yo desapareceré así como así?

—Vaya si lo creo, dijo la peseta nueva. Vd. está mandada recoger.
 —¿Desde cuándo?
 —Desde setiembre.
 —¿Y por qué?
 —Por *aquello*.
 —Yo soy la monarquía.
 —Y yo soy la revolucion.
 —Los españoles han conocido siempre al rey por la moneda.
 —Y sin embargo, á Vd. en cuanto la han conocido, la han echado.
 —¡Bah! ¡Si me adoran!
 —¿Quiénes?
 —Cuantos me poseen.
 —Lo dudo. Podrán adorar el valor material que Vd. representa...
 —Es que Vd. vale menos.
 —Pero signífico más.
 —¿Cómo la llaman á Vd.?
 —Peseta.
 —Y á mí lo mismo.
 La peseta nueva se quedó parada.
 —Estamos saliéndonos de la cuestion, dijo. Se trata de si debe Vd. ó no debe existir.
 —No sé si debo ó no; sé que existo.
 —Pero por eso precisamente he empezado yo á correr por Madrid, para que Vd. se vaya y no vuelva.
 —¡Eso creéis, infelices! dijo la peseta vieja. Podreis echarme y estar sin mí un mes, dos meses, tal vez un año, pero yo volveré.
 —¿Cuenta Vd. con alguien para eso?
 —Sí.
 —¿Con quién?
 —Con gente de adentro y gente de fuera.
 —No lo entiendo.
 —Con los franceses y con los españoles.
 —Querrá Vd. decir con el gobierno francés...
 —Para mí es lo mismo.
 —¿Y Vd. no sabe que en mi pasta hay metal de

aquel con que nuestros abuelos derrotaron á Bonaparte?
 —¿Y Vd. no sabe que entre el emperador y el papa me darán la cosa hecha *sin ruido*?
 —¡Oiga!
 —Ese es el plan, amiga.
 —¿Pero Vd. no sabe que yo me convertiré en proyectil cuando ya no haya otros proyectiles?
 —¡Tonterias!
 —Desengañese Vd., ese plan es inútil.
 —Siempre me queda el recurso de confiar en que podré volver por otro medio.
 —¿Por el cual?
 —Confío en que las divisiones entre los patriotas, y el desorden y la confusion y la ruina, me hagan volver á España.
 —Eso ya es más fácil; pero se procurará que no suceda.
 —Se procurará, pero no se logrará.
 —¿Por qué?
 —Porque los españoles teneis un temperamento especial.
 —Sin embargo, hemos sabido unirnos para echarla á Vd.
 —Y sin embargo, todavía estoy en los bolsillos de los ciudadanos.
 Aquí ya no pude resistir más; cogí la peseta vieja, golpé la mesa con ella y grité:
 —¡Mozo!
 Vino el mozo y le dí la peseta.
 —Es falsa, caballero, me dijo.
 —¡Hombre, me alegro! exclamé, y en un raptó de entusiasmo arrojé la peseta á la calle, gritando:
 —Anda, condenada, insolente, y desaparece en el arroyo...
 Pero ¡oh lógica inflexible de los partidos! un hombre que pasaba por la calle recogió la moneda y se la guardó en el bolsillo.
 Conocí al hombre aquel.
 Era... ¿quién habia de ser? un moderado.

VIRGINIA MARINI.

Cuando se anunció en Madrid la compañía italiana, un solo nombre se pronunciaba, el de Salvini.

No parecía sino que entre los actores, solo este era digno de los aplausos y la admiración del público.

Pero ved cuán justo es el público; más todavía, ved cuán inteligente es el pueblo de Madrid, que, sin que le preceda el acostumbrado bombo, adivina desde luego en Virginia una artista superior, digna compañera de Salvini.

Porque esta es la verdad, y la verdad debe decirse.

Yo me sorprendo del silencio que guardó la empresa. Yo he necesitado, como el público, ir descubriendo en cada noche un mérito nuevo, en cada función un detalle característico de su inteligencia artística para formar la opinión que hoy tengo.

La opinión de que Virginia Marini es una artista eminente, á la altura de Salvini.

Los que la habeis visto pasar de la encantadora sencillez del *Hijo de las selvas* á la desenvuelta pasión de *La dama de las camelias*; desde la cómica travesura de las comedias de Goldini al arrebatado de un éxtasis amoroso que al asomarse al labio abraza el corazón, como en doña Leonor del *Tasso*, de seguro nada encontraréis de nuevo en estas líneas.

Pero los que, siguiendo las indicaciones del cartel, habeis perdido algunas funciones en que el primer actor no tomaba parte, os habeis arrepentido después.

La Marini es una actriz que posee un talento superior para caracterizar el personaje que representa; una voz clara, sonora, simpática; una fisonomía que expresa con admirable verdad las impresiones del dolor y la alegría.

Esto, y el ser joven, y el tener una figura á propósito para poder pasar por la Desdémona de *Otelo*, la Leonor del *Tasso* y la *Francesca de Rimini*, es cuanto puede pedirse á una actriz, es cuanto nos hace falta á nosotros, pobres condenados á tener actrices que ganan 25 duros diarios, y no pueden dejar entre bastidores su amenamiento insoponible, ó algunos años de los que les sobran.

Escribo estas líneas después de haber visto el cuarto acto del *Tasso*.

La Marini me ha parecido levantarse á la más alta esfera del arte en sus arranques de pasión y en sus luchas dolorosas, con un cuerpo que no puede resistir el esfuerzo del alma. Se muere de amor, ¿pero cómo se muere aquí entra el quid; yo creo que la Marini se ha muerto antes alguna vez; no de otro modo comprende uno el viaje al otro mundo con tanta sencillez y tan espantosa verdad, sin retortijones ni gestos horribles, sino muriéndose de modo que no hace más que morir. No sé si el lector me entiende, el público que la ha visto de seguro me entiende.

El triunfo fué completo.

Después de esto, si yo hubiera de darle la enhorabuena la escribiría una carta en estos términos:

«Señora Marini:

Tengo la satisfacción de decirle que es Vd. una actriz eminente, por si Vd. lo ignora.

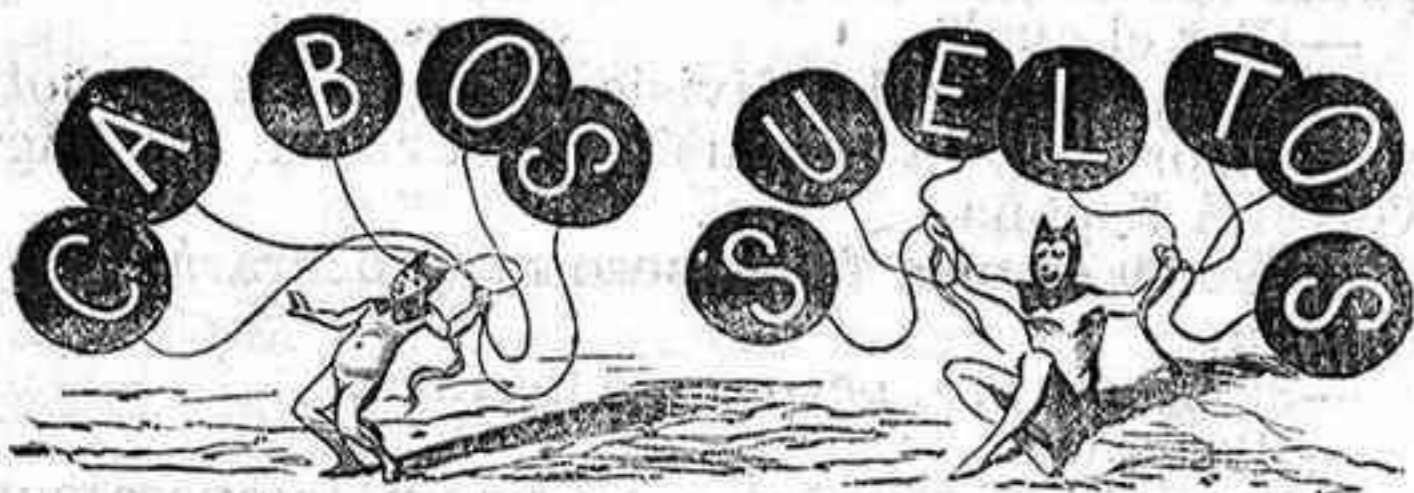
Nadie se ha tomado el trabajo de decirnos en carteles ni periódicos que es Vd. una notabilidad, pero su talento, su trabajo de todas las noches han ido paso á paso arraigando en los espectadores la idea de que es Vd. una artista de primera fuerza.

La hemos juzgado á Vd. con prevención, la hemos encontrado sublime y nos hemos frotado las manos con el descubrimiento.

Ahora puede Vd. ya ir por España, en la inteligencia que en todas partes saben que Virginia Marini es una actriz digna del alto renombre que en Italia y España han alcanzado otras inolvidables artistas.

Soy su admirador, etc., etc.»

LUIS RIVERA.



Por una cuestión de escasa monta se enfadó el general Serrano.

Por otro asunto de poco interés se atufó la minoría.

El uno dijo que se marchaba y no se marchó.

La segunda se marchó y volvió.

¡Oh amables jóvenes! un poquito de juicio. Recordad que la Europa os contempla y ¡ay de vosotros si acaba por soltar una carcajada!

Un literato muy conocido había escrito un drama titulado *El beso de Judas*; parece que á instancias de varios amigos que presenciaron la sesión de anteyer ha variado el título á su obra, que desde ahora se llamará *La defensa del gordo*.

La ciencia es cruel en muchos casos.

Aquí tropiezo con la pericia forense del Sr. Rojo Arias.

No há muchos días ocupó una sesión completa hablando de asuntos particulares del duque de Sesa, cuyos negocios nada tienen de común con la Constitución del país.

Y cuidado que dijo cosas buenas su señoría; qué lástima que no vinieran á cuento.

Sí, señor; crea Vd. que fué una lástima.

No le digo á Vd. nada, de la cuestión del señor patriarca de las Indias, que á poco más produce un conflicto.

Y es el caso que el Sr. Rojo Arias tenía razón en lo del patriarca, como la tendrá acaso en lo del duque del Sesa; pero como hay cosas mucho más graves y más urgentes en que ocuparse, desearía yo que esas discusiones científicas se verificaran en otra parte.

Sí, por Dios: no perdamos más tiempo. Bastante hemos perdido ya; compasión, Sr. Rojo Arias, compasión. No más pleitos, no más causas.

Hace cuatro meses que no reciben un maravedí los empleados en las casas de beneficencia.

Es de presumir que la mayor parte de estos funcionarios están muy próximos á una defunción.

A ver cómo se arregla eso y vivimos todos.

El Sr. Manterola nos habló el otro día de sus hijos y de sus nietos: señor canónigo, por Dios, eso no se dice.

También decía el Sr. Manterola, que los prelados estaban por encima de la Asamblea: esto es exacto en cierto modo.

Así están los granos por encima de la nariz, y así suelen las moscas andar por encima de los hombres calvos.

He observado que Manterola ya no dice «señores míos», sino «señores diputaa...dos.»

La entonación es intraducible. Solo oyéndole puede apreciarse la índole especial de su canto llano.

La acción es cosa distinta: abre los brazos, cierra las manos, y en actitud melodramática lleva sus puños al pecho, luego los separa, abre los brazos, cierra las manos y repite la operación; tal cual vez se asegura el casquete ó se arregla los manteos, todo con un *isocronismo* digno de un péndulo simple. Es mucho hombre este.

Esto se va animando.

A las suavidades sucedieron las insinuaciones. A las insinuaciones han seguido las amenazas.

Poquito á poco se van poniendo las cosas en claro.

Hasta el general Serrano se nos ha venido encima.

Dice que él no amenaza, pero que da el golpe sin avisar.

¡Canastos con el general Serrano, que parecía tan suavecito!

Cuando le digo á Vd. que esto se pone serio...

Por si acaso estas amenazas tienen algún resultado (¿me entiende Vd.?) bueno será que los individuos de la mayoría no vicalvaristas voten en pro de la proposición que van á presentar algunos republicanos.

—¿Qué proposición es esa?

—La en que se autoriza al Poder ejecutivo para adquirir el armamento necesario con destino á las fuerzas ciudadanas.

Sí, ciudadanos, sí; créanme Vds. á mí, esto se va poniendo grave, y es menester que no nos coja *disprevinius*.

Diálogo entre unionistas:

—¿Vds. creen que vendrá D. Fernando?

—¡Cá!

—¿Entonces le ofreceremos la corona á otro?

—¡Naturalmente!

—¿Y ese otro no aceptará?

—Naturalmente.

—¿Y entonces se la ofrecemos á Montpensier?

—Naturalmente.

—¿Y aceptará?

—¡Naturalmente!!

Cuando pienso que para verificar el sorteo de la quinta hay que adoptar tantas precauciones, y para verificar el de la lotería no es necesario adoptar ninguna, no sé á quién admirar, si al país ó al gobierno. En la duda, opto por pedirle al gobierno que su prima la lotería.

Al emperador de los franceses le ha mordido un perro.

Esta noticia ha circulado por Europa con la rapidez del rayo.

Si el emperador llega á rabiarse de resultados de la mordedura, entonces va á ser ella.

Rabiará Victor Manuel.

Rabiará el Papa.

Rabiará D. Salustiano.

¡Jesús, Jesús, cuanta rabieta preveo!

El ministro de la Gobernación ha salido para Alhama.

Los demás ministros también necesitan aguas.

Las del olvido les sentarían bien á algunos de ellos.

Me ha dicho don Salustiano que anda tras de echarle mano á un monarquillo alemán, que se explica en castellano como Quevedo y Boscan. Sabe decir *se prohíbe*, *y deporten*, *y presidio*; *y palo*, *y no se recibe*; *y para adiestrarse*, escribe: *que paguen*, *que me fastidio*.

Desde hoy vamos á hacernos eco de lo que varios periódicos han pedido al gobernador civil para tranquilidad del vecindario, esto es, que se prohíba tener dentro de la población materias inflamables.

El otro día ha habido una desgracia en una tienda de la calle de Gravina donde había *gas mille*. Este gas se inflama en verano con muchísima facilidad. Hagamos algo en provecho de los vecinos de tales establecimientos, y en provecho de los dueños también, que con la mayor facilidad pierden toda la tienda por cualquier descuido.

Se advierte á los ciudadanos pacíficos que hagan el menor caso posible de los rumores que corren.

Por si no saben qué rumores corren, les diremos que son los más graves.

Por ejemplo:

¡Corre el rumor de que estamos avocados á un golpe gordo!

Se dice que cierto personaje nos va á dar la sorpresa de hacerse emperador, y rey, y papa si se le antoja.

Se asegura que pronto, muy pronto, todo habrá cambiado.

Se susurra que hasta la unión liberal anda escamada.

Hay quien dice que la verdadera gorda es la que se nos viene encima.

Hay quien da por hecho lo del golpe de Estado (!!!)

Pero no temais, ciudadanos. Lo que realmente sucede es otra cosa.

Lo que sucede es que con estas y otras bromas y la falta de confianza en el porvenir, *no hay una peseta*.

¡Este sí que es golpe!

¡Pero qué golpe!

Reunión de periodistas en casa de Rivero.

Reunión de diputados en casa de un ministro.

Reunión de neos en casa de un carlista muy gordo.

Reunión de carlistas en la frontera.

Reunión de señoras en el Ateneo.

Reunión de moderados en la calle de las Fuentes.

Reunión de calamidades en el país.

Esta última reunión es permanente. Comenzó hace años, y no lleva traza de disolverse.

Días pasados entró una señora en un comercio de sedas.

—¿Me da Vd. dos varas de Orleans? le dijo al dueño.

—¿Orleans? contestó el comerciante medio amoscado. No señora, aquí no queremos nada que huelga á Orleans. Eso está pasado de moda.

PASATIEMPO.

Solución al Jeroglífico del número anterior: *Los vagos siempre saben qué hora es.*

CHARADA.

Es mi *primera* diptongo,
mi *segunda* negativa,
y de mi *todo* en la punta
se vean las monarquías.

(La solución en el próximo número).

MADRID: 1869.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.